

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA B
FERNANDO PIÑERO GARCÍA, 4º C

AB — 6430

—¡Dios mío! ¿Pero usted está segura?

—¡Segurísima!

—¿Cómo se atreve?

—¡Pues atreviéndome! ¡Cómo no me voy a atrever!

—Yo no lo hacía... —dijo el segundo guardia civil, que acababa de tirar el cigarro que estaba fumando y no tenía nada mejor que hacer. ¡Me iba andando!

—¡Con mi hija mejor que con nadie! ¡Hombre! —repetía la señora una y otra vez, ya algo harta de que cada vez tuvieran que escuchar la misma cantinela de siempre.

—¡Una mujer al volante!

—¡Un peligro para la carretera!

—¡Cállense! ¡Cállense, por favor!

La mujer trataba de guardar la compostura en el asiento del copiloto mientras esperaba a que uno de ellos se quitara de la ventanilla, que estaba bajada para poder, entonces, subirla y dejar de oírlos y tragarse su aliento con olor a superioridad y a tabaco.

La protagonista de la conversación, sin embargo, esperaba en la parte de atrás del coche a que el motor se enfriara para poder cerrar el capó.

Se subió sin aceptar la mano que uno de los guardias le tendía entre risas y cerró la puerta sin pillársela.

—Esto tenía que estar prohibido. ¡En la vida dejaré yo a mi mujer coger el volante!

—¿Quieren que se lo lleve yo? —decía el agente, rascándose el bigote.

—No, muchas gracias —decía la hija, vacilando todo lo que podía sin cruzar la raya de la mala educación y los modales mínimos de una señorita.

—¿No tienen ustedes un hombre que les pueda llevar este coche? —decía el otro, preocupándose por el resto de conductores de la carretera.

—No.

La hija empezaba a marcar de nuevo las uñas en la palanca de cambio.

—Lleven cuidado.

—Gracias.

La madre soltó el freno de mano, con las uñas ya marcadas.

Emilia madre y Emilia hija dejaban, a cuarenta kilómetros por hora, a los dos guardias filosofando sobre las diferencias entre el hombre y la mujer, más preocupados en que se hiciera la hora de comer para ir a sus casas con sus respetadas esposas que en llegar a una conclusión razonada.

La madre, abanicándose por el calor y luchando para que el sudor no alcanzara su maquillaje, afirmaba diciendo que era «lo mejor del mundo» cada vez que la hija ponía en duda la buena compra del coche. Y es que, de no ser por ese Seat 600 blanco, tendrían que seguir yendo en tren hasta la estación de El Villar y subir la colina en tacones hasta la casa de la aldea, con las maletas sin ruedas y los cántaros de agua.

Qué pena que no tuvieran a nadie, pensarían sus amigas. Qué pena que fuera la mayor. Qué pena que sus hermanos no llegaran a los veintiuno. Qué pena que no tuvieran tíos, ni maridos ni padre.

Si tuvieran alguno, no sería necesario soportar a esos (dos) hombres. Aunque su padre tampoco sabía conducir antes de morir en el cincuenta y dos. Nunca había tenido siquiera un coche para poderlo llevar. Pero con los avances de los principios de los sesenta, habría comprado uno y habría sido respetado en Chinchilla cuando tuvieran que parar a que se enfriara el motor.

Y Emilia, recién alcanzada la mayoría de edad y sin haber aprobado el carné de conducir, esperaría en los asientos de atrás a que su padre se fumara un cigarro con los guardias mientras leía un libro o fantaseaba en silencio con saber conducir. Pero no. Ahora no solo tendría que abrir el capó con la cabeza bien alta, sino que tendría que enseñar a sus dos hermanos pequeños a llevar el coche.

«Si su padre levantara la cabeza...» decía un guardia a otro, o directamente a ella cuando se quedaban sin argumentos sólidos para decirle que dejase el coche y se buscara un hombre que pudiera conducirlo.

—¿Pero qué más les da a los guardias que yo conduzca? —preguntaba la hija a la madre.

—Conducir es cosa de hombres...

—¿Y yo no puedo? ¿Me voy a chocar con otro por ser mujer?

—Pues no está bien visto.

Era una de las pocas veces en que Emilia discutía el incuestionable comportamiento de los hombres. Puede que fuera por el calor. Puede que fuera por el atasco que había en la carretera. O porque ese día había tenido que aguantar más de lo previsto a los guardias porque el motor no se enfriaba. O por el cansancio que llevaba encima. O por todo a la vez. Pero Emilia estaba harta de que amenazaran con la resurrección de su padre. Con el modelo de mujer ideal, o con cualquier otra tontería con tal de que no pusiera sus manos sobre el volante.

—Las mujeres tienen que ser buenas y obedientes.

La hija apretaba los dientes. Era lo que había hecho toda su vida. Callar y asentir. Y era lo que tenía que seguir haciendo. Pero no entendía por qué era tan difícil. Por qué no querían que estudiara. Por qué tenía que ir a la Sección Femenina, y aprender a coser y cocinar para poder tener un coche. Y por qué un hombre no.

Pero no podían quejarse. Al fin y al cabo, habían tenido suerte. No habían tardado mucho en recibirlo. Se habían apuntado a una lista, pagado cinco mil pesetas, y recibido el coche al poco en Madrid. Otros, que se merecían más el coche solo por no ser *otras*, se pasaban más tiempo esperando. Y no estaba mal. Los cuatro podían viajar bien ahí dentro. Podían mantenerlo y echarle gasolina. Y tener un chófer que lo condujera.

El AB – 6430 entró a la finca y aparcó justo en frente de la puerta de la casa.